

PQ2163

B9

56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

BEATRIZ

A SARA

Quando está el tiempo sereno, en las orillas del Mediterráneo, donde se extendía antaño el elegante imperio del nombre de usted, el mar permite ver á veces, á través de sus aguas, una flor marina, obra maestra de la naturaleza: el encaje de sus filamentos, teñidos de púrpura, de negro, de rosáceo, de violeta ó de oro, la frescura de sus animadas filigranas, el terciopelo de su tejido, en una palabra, todo se marchita tan pronto como la curiosidad nos impele á apoderarnos de la flor y á exponerla en la playa. Asimismo, la piadosa modestia de usted se vería ofendida por la publicidad, y por esta razón, al dedicarle esta obra, tengo que callar un apellido que seguramente la honraria; pero no importa, porque, á favor de este medio silencio, sus magnificas manos podrán bendecirla, su sublime frente podrá inclinarse sobre ella, y sus ojos, llenos de un amor maternal, podrán sonreírle, pues estará usted aquí presente al par que oculta. Como la perla de la flora marina, permanecerá usted sobre la blanca y fina arena, donde transcurre su hermosa vida, oculta bajo una onda, diáfana para algunos ojos amigos y discretos.

Hubiera querido poner á los pies de usted una obra que armonizase con su perfección; pero, si esto era imposible, yo sabía, para consuelo mío, que respondía á uno de los instintos de usted ofreciéndole algo que proteger.

DE BALZAC.

PRIMERA PARTE

Los personajes

Francia, y particularmente Bretaña, posee aún algunas ciudades que están completamente alejadas del movimiento social que caracteriza al siglo XIX. Privadas de vías de comunicación directa con París, y unidas apenas por una mala carretera con la subprefectura ó cabeza de partido de que dependen, estas villas oyen ó ven pasar la civilización nueva como un espectáculo; la admiran sin aplaudirla, y ya

porque la teman, ó ya porque se mofen de ella, es lo cierto que permanecen fieles á las antiguas costumbres, cuyas prácticas no han olvidado. El que viaje como arqueólogo moral y observe á los hombres en lugar de observar las piedras, puede encontrar una imagen del siglo de Luis XV en alguna aldea de Provenza, la del siglo de Luis XIV en el interior del Poitú, y la de siglos aun anteriores en el interior de Bretaña. La mayor parte de estas villas han perdido cierto esplendor, de que no hablan los historiadores, más ocupados de los hechos y de las cosas que de las costumbres; pero su recuerdo vive aún en la memoria de las gentes, como ocurre en Bretaña, donde el carácter nacional no admite, de ningún modo, el olvido de nada de lo que atañe al país. Muchas de estas villas han sido capitales de un pequeño estado feudal, condado ó ducado, conquistado por la corona ó repartido entre varios herederos por falta de sucesor masculino. Desprovistas de su actividad, aquellas cabezas se han convertido desde entonces en brazos. El brazo, privado de alimentos, se va secando y vegeta. Sin embargo, de treinta años á esta parte, estos retratos de las edades antiguas empiezan á borrarse y son cada vez más raros. Trabajando para las masas, la industria moderna va destruyendo las creaciones del arte antiguo, cuyos trabajos eran completamente personales, tanto para el consumidor como para el autor. Hoy tenemos *productos*, no tenemos ya obras. Los monumentos contribuyen poderosamente á estos fenómenos retrospectivos. Ahora bien; para la industria, los monumentos son canteras, depósitos para sal ó almacenes para algodón. Algunos años más, y estas originales ciudades quedarán transformadas y sólo se verán en esta iconografía literaria.

Una de las villas donde se encuentra mejor conservada la fisonomía de los siglos feudales es Gueranda. Este solo nombre bastará para despertar mil recuerdos en la memoria de los pintores, de los artistas y de los pensadores que hayan ido hasta la costa donde yace esta magnífica joya del feudalismo, tan magníficamente situada para dominar los islotes del mar y las dunas, y que forma como la cima de un tetraedro, en cuyas crestas se encuentran otras dos alhajas no menos curiosas, á saber: el Croisic y la aldea de Batz. Después de Gueranda, sólo Vitré, situado en el centro de Bretaña, y Aviñón en el mediodía, conservan, en medio de nuestra época, la intacta configuración de la edad media. Gueranda

está rodeado de enormes murallas: sus anchos fosos están llenos de agua, sus almenas se conservan aún enteras, sus troneras no están aún cubiertas por los arbustos, y la hiedra no ha cubierto aún con su capa sus torres cuadradas ó redondas. Esta ciudad tiene tres puertas, donde se ven los anillos de los rastrillos y donde se penetra pasando por un puente levadizo de madera forrada de hierro, que no se levanta nunca, pero que aún podría levantarse. El ayuntamiento ha sido muy criticado por haber plantado, en 1820, unos álamos á lo largo de los fosos, á fin de que diesen sombra á los paseantes; pero ha respondido que hacía ya cien años que la larga y hermosa explanada de las fortificaciones, que parecen acabadas de ayer, había sido convertida en un mallo lleno de olmos bajo los cuales se solazan los habitantes. En Gueranda, las casas no han sufrido cambio alguno, ni han aumentado ni disminuído. Ninguna ha sentido sobre su fachada el martillo del arquitecto ni el pincel del revocador, ni ha crujió bajo el peso de un nuevo piso. Todas conservan su carácter primitivo. Algunas descansan sobre pilares de madera, que forman unos cobertizos bajo los cuales circulan los transeuntes, y cuyos techos se encorvan sin romperse. Las casas de los comerciantes son pequeñas y bajas, con fachadas cubiertas de pizarras clavadas. Los maderos, podridos ya hoy, entraron en gran parte en los materiales esculpidos de las ventanas, y en los repechos sobresalen por encima de los pilares y se dilatan en forma de animales fantásticos por los ángulos, animados por el gran pensamiento del arte, que en aquella época daba vida á la naturaleza muerta. Estas antiguallas, que resisten á todo, ofrecen á los pintores los tonos oscuros y borrosos de que tanto gustan. Las calles están enteramente lo mismo que hace cuarenta años. Únicamente, ocurre que, como la población no abunda en ellas y el movimiento social es menos activo, el viajero, ávido de examinar aquella ciudad, que es tan hermosa como una armadura antigua completa, podrá seguir, no sin melancolía, una calle casi desierta, cuyas ventanas de piedra están tapiadas á fin de evitar el pago del impuesto. Esta calle va á dar á una poterna condenada, sobre la cual crece un grupo de árboles elegantemente dispuesto por las manos de la naturaleza bretona, cuya vegetación es una de las más exuberantes y fértiles de Francia. Un pintor, un poeta, permanecerían sentados largo tiempo á fin de sa-

borear el profundo silencio que reina bajo la bóveda, nueva aún, de aquella poterna, donde no se oye ruido alguno que denote la vida de aquella ciudad y donde la rica campiña aparece en toda su magnificencia á través de las aspilleras ocupadas antaño por los arqueros y ballesteros, y que se parecen á los tragaluces que suelen abrirse en las azoteas. Es imposible pasearse por allí sin pensar á cada instante en los usos y costumbres de los tiempos pasados, pues hasta las piedras os hablan de ellos, y las ideas de la edad media subsisten aún allí en estado de superstición. Si, por casualidad, pasa por allí un gendarme de sombrero bordado, su presencia resulta un anacronismo contra el cual protesta seguramente vuestro pensamiento, pues nada parece más raro que encontrar allí un ser ó una cosa del tiempo presente. Hasta los habitantes de esta ciudad han tomado muy poco de la indumentaria actual, y aun este poco es lo más apropiado á sus costumbres inmóviles y á su fisonomía estacionaria. La plaza pública está llena de trajes bretones, que tienen un relieve increíble y que sirven frecuentemente de modelo á los artistas. La blancura de las telas que usan los salineros contrasta vigorosamente con los colores azules y oscuros de las de los aldeanos y con los adornos originales y santamente conservados de las mujeres. Estas dos clases y la de los marinos con jaqueta y sombrerito de cuero barnizado, son tan distintas entre sí como las castas de la India, y denotan aún las distancias que separan á la burguesía, á la nobleza y al clero. Allí, todo está aún estacionado; allí, el nivel revolucionario encontró las masas demasiado rudas y demasiado duras para poder pasar, y si lo hubiese intentado, si no se hubiese roto, al menos hubiese sufrido una gran conmoción. El carácter inmutable que la naturaleza ha comunicado á sus especies zoológicas se ve también en los hombres. En fin, aun después de la revolución de 1830, Gueranda sigue siendo una ciudad aparte, esencialmente bretona, católica ferviente, silenciosa y recogida, adonde las ideas nuevas tienen difícil entrada.

La posición geográfica explica este fenómeno. Esta bonita ciudad posee unas salinas cuya sal recibe en todo Bretona el nombre de sal de Gueranda, y á la cual atribuyen muchos bretones la bondad de su manteca y de sus sardinas. Dicha ciudad sólo está unida á la Francia moderna por dos caminos: el que conduce á Savenay, distrito del cual de-

pende, y que pasa por San Nazario, y el que conduce á Vannes, y que la une con Morbihán. La carretera del distrito establece la comunicación por tierra, y San Nazario la comunicación con Nantes. El camino por tierra sólo es frecuentado por los empleados del Estado. La vía más rápida y de más tránsito es la de San Nazario. Ahora bien, entre esta aldea y Gueranda hay una distancia de unas seis leguas, que no está servida por diligencia por la razón de que ésta no encontraría tres viajeros al año que la utilizasen. San Nazario está separado de Paimbœuf por la embocadura del Loira, que tiene cuatro leguas de ancho. La barra del Loira hace bastante difícil la navegación de los vapores; pero, para colmo de obstáculos, en 1829 no existía aún desembarcadero en la punta de San Nazario, y este lugar estaba plagado de rocas musgosas, de arrecifes graníticos y de piedras colosales, que sirven de fortificación natural á su pintoresca iglesia, y que obligaban á los viajeros á meterse en botes con los paquetes en la mano, cuando había marea, ó á ir á través de los escollos, cuando hacía buen tiempo, hasta la escollera, que el Estado construía á la sazón. Estos obstáculos, poco á propósito para animar á los viajeros, existen aún hoy, sin duda. En primer lugar, el Estado suele marchar lentamente en sus obras, y además, los habitantes de este territorio, que podéis ver sobresalir como un diente en el mapa de Francia y que está comprendido entre San Nazario, la aldea de Batz y el Croisic, se acomodan á estas dificultades que impiden al extranjero penetrar en el país. Situado, pues, al extremo del continente, Gueranda no conduce á ninguna parte ni es visitado por nadie. Feliz, viéndose ignorado, Gueranda no se preocupa de sí mismo. El principal movimiento de los inmensos productos de sus salinas, que pagan lo menos un millón al fisco, está en Croisic, ciudad peninsular cuyas comunicaciones con Gueranda están establecidas, ó bien por medio de extensos territorios de frágil arena, donde se borra por la noche el camino trazado durante el día, ó bien por medio de barcos, indispensables para atravesar el brazo de mar que sirve de puerto al Croisic y que ha hecho irrupción en la arena. Haciendo caso omiso del sudario de lava, podemos decir que este encantador pueblecito es el Herculano del feudalismo, pues está en pie sin vivir y no tiene más razones de ser que las de no haber sido demolido. Si llegáis á Gueranda por el

Croisic, después de haber atravesado el paisaje de las salinas, experimentaréis una viva emoción al ver aquella inmensa fortificación completamente nueva todavía; y si penetráis en ella por San Nazario, lo pintoresco de su situación y sus alrededores no son menos seductores. Los contornos del país son maravillosos, y sus setos están llenos de flores, de madre selvas, de bojés, de rosales y de hermosas plantas. Cualquiera diría que es aquello un jardín inglés construido por un artista. Aquella rica naturaleza, tan suave, tan poco frecuentada y que posee toda la gracia de un ramo de violetas ó de lirios en la espesura de un bosque, tiene por marco un desierto de Africa limitado por el Océano, pero un desierto sin un árbol, sin una hierba, sin un pájaro, donde durante los días de gran sol, los salineros, vestidos de blanco y desparramados por los tristes pantanos donde se cultiva la sal, parecen árabes cubiertos con su alborno. De modo que, Gueranda, con su hermoso paisaje de tierra firme y con su desierto limitado á la derecha por el Croisic y á la izquierda por la aldea de Batz, no se parece á nada de lo que los viajeros acostumbran á ver en Francia. Estas dos naturalezas tan opuestas, unidas por la última imagen de la vida feudal, tienen un no sé qué de sorprendente. La ciudad, que es tan silenciosa como Venecia, produce en el alma el mismo efecto que produce un calmante en el cuerpo, y no hay en ella más coche público que el de un mensajero que conduce en un mal carruaje los viajeros, las mercancías y, sin duda, las cartas de San Nazario á Gueranda y viceversa. Bernús, el cochero, era, en 1829, el factótum de esta gran comunidad; obraba como quería, todo el país le conocía y hacía los encargos de todo el pueblo. La llegada de un coche, ya conduciendo á alguna mujer que pasa por Gueranda para ir al Croisic, ó ya á algunos enfermos que van á tomar baños de mar, baños que en las rocas de esta península tienen virtudes superiores á los de Bolonia, de Dieppe y de Sables, es un inmenso acontecimiento. Los aldeanos van al pueblo á caballo, y la mayor parte llevan sus provisiones en alforjas. Lo mismo éstos que los salineros, van á la ciudad llevados de la necesidad de comprar las joyas propias de su casta, que acostumbran á regalarse á las desposadas, así como la tela blanca y el paño de sus ropas. En diez leguas á la redonda, Gueranda sigue siendo Gueranda, la ciudad ilustre donde se firmó el tratado famoso en la historia, la llave de

la costa, y la ciudad que acusa, lo mismo que la aldea de Batz, un esplendor perdido hoy en la noche de los tiempos. Las alhajas, el paño, las telas, las cintas, los sombreros, se hacen en otra parte; pero, para todos los consumidores, son cosas de Gueranda. Todo artista, todo particular, que pase por Gueranda, experimenta, como el que ve á Venecia, un deseo, que se olvida bien pronto, de acabar allí sus días en medio de la paz y el silencio y paseándose de una puerta á otra, durante el buen tiempo, por el mallo que rodea á la ciudad de la parte del mar. A veces, la imagen de esta ciudad viene á llamar al templo del recuerdo y penetra en él ataviada con sus torrecillas y sus murallas, desplegando su manto salpicado de hermosas flores, sacudiendo la capa de oro de sus dunas y exhalando los embriagadores perfumes de sus bonitos caminos espinosos, llenos de matorrales sembrados al azar, y os ocupa y os llama, cual la mujer divina que habéis entrevisto en país extraño y que se ha albergado en un rincón de vuestro corazón.

Al lado de la iglesia de Gueranda se ve una casa, que es á la ciudad lo que la ciudad es al país: una imagen exacta del pasado, el símbolo de una gran cosa destruida, una poesía. Esta casa pertenece á la familia más noble del país, á los de Guaisnic, los cuales, desde el tiempo de los Guesclín, eran tan superiores á éstos en fortuna y antigüedad, como los troyanos á los romanos. Los *Guaisqlain*, nombre del que se formó luego Guesclín, son descendientes de los Guaisnic. Antiguos como el granito de Bretaña, los Guaisnic no son ni galos ni francos; son bretones, ó, para hablar con más exactitud, celtas. Antaño debieron ser druidas, recogieron, sin duda, el muérdago de los bosques sagrados y debieron sacrificar hombres en los dólmenes. Pero creemos inútil decir lo que fueron. Hoy, esta raza, igual á los Rohan, sin que hubiese tratado de emparentar con la corona, y que existía poderosa antes de que se hablase de los antepasados de Hugo Capeto, esta familia, pura de toda alianza, posee unos dos mil francos de renta, su casa de Gueranda y su castillo de Guaisnic. Todas las tierras que dependen de la baronía de Guaisnic, que es la primera de Bretaña, están empeñadas á los cortijeros y dan unos sesenta mil francos de renta, á pesar de la imperfección de los cultivos. Por lo demás, los de Guaisnic siguen siendo propietarios de sus tierras; pero, como no pueden devolver el capital que les

fué prestado hace ya doscientos años por los hipotecarios actuales, resulta que no perciben renta alguna. Están en la misma situación en que se encontraba la corona de Francia con sus acreedores antes de 1789. ¿Dónde y cuándo encontrarán los barones el millón que sus cortijeros les prestaron? Antes de 1789, la dependencia de los feudos sometidos al castillo de Guaisnic, plantado sobre una colina, valía aún cincuenta mil francos, pero en una votación, la asamblea nacional suprimió el impuesto de los lotes y ventas que percibían los señores. En esta situación, esta familia, que ya no es nada para nadie en Francia, y que sería objeto de burla en París, es toda la Bretaña en Gueranda. En Gueranda, el barón de Guaisnic es uno de los grandes barones de Francia, uno de los hombres por encima de los cuales sólo está un solo hombre, ó sea el rey de Francia, elegido antaño por jefe. En la actualidad, el nombre de los Guaisnic, lleno de significaciones bretonas, y cuyas raíces se han explicado ya en *Los Chuanes ó Bretaña en 1799*, sufrió la alteración que desfigura al de los Guaisqlain. El recaudador de contribuciones escribe, como todo el mundo, Guenic.

Al extremo de una silenciosa, húmeda y sombría callejuela, formada por las paredes traseras de las casas vecinas, se ve la bóveda de un postigo bastante ancho y alto para el paso de un jinete, circunstancia ésta que nos anuncia ya que en la época en que se construyó este edificio los coches no existían aún. Esta bóveda, sostenida por dos jambas, es toda de granito. La puerta, de roble rajado como la corteza de los árboles que lo produjeron, está llena de enormes clavos que forman figuras geométricas. La bóveda es hueca, y ofrece el escudo de los Guaisnic tan claro y tan limpio como si acabase de ser esculpido. Este escudo maravillaría á cualquier aficionado al arte heráldico, á causa de su sencillez, que prueba el orgullo y la antigüedad de la familia. Está como estaba el día en que los cruzados del mundo cristiano inventaron estos símbolos para conocerse, pues los Guaisnic no lo cuartelaron nunca; sigue siendo semejante á sí mismo, como el de la casa de Francia, el cual es encontrado por los conocedores en las armas de las familias más antiguas. He aquí el de los Guaisnic, tal como podéis verlo aún hoy en Gueranda: *gules con una mano al natural consalonada de armño, y espada de plata por palo*, con esta terrible palabra por divisa: FAC! ¿No es esto en verdad cosa grande y hermosa?

El tortillo de la corona de barón remata este sencillo escudo, cuyas líneas verticales, empleadas en escultura para representar los *gules*, brillan aún. El artista ha dado á la mano no sé qué actitud arrogante y caballeresca. ¡Con qué nervio sostiene aquella espada de la cual se sirvió aún ayer la familia! Si vais á Gueranda, después de haber leído esta historia, estoy seguro de que os será imposible no temblar al ver este blasón. Sí, el republicano más absoluto se enternecería indudablemente al ver la fidelidad, la nobleza y la grandeza que se esconde en el fondo de aquella callejuela. Los Guaisnic hicieron el bien ayer y están dispuestos á hacer el bien mañana. Hacer, obrar, es la palabra por excelencia de la caballería.

—Tú obraste bien en la batalla—decía siempre el condestable por excelencia, aquel gran de Guesclín, que puso á los ingleses fuera de Francia por algún tiempo.

La profundidad de la escultura, preservada de toda intemperie por el gran margen que produce la parte saliente de la bóveda, está en armonía con la profundidad moral de la divisa en el alma de aquella familia. Para el que conoce á los de Guaisnic, esta particularidad llama mucho la atención. La puerta, siempre abierta, deja ver un patio bastante espacioso, á cuya derecha están las cuadras y á cuya izquierda está la cocina. El palacio es de piedra tallada, desde las bóvedas hasta el granero. La fachada que da al patio está provista de una escalinata con doble rampa cuya tribuna está cubierta de vestigios de esculturas borradas por el tiempo, pero en el centro de las cuales el ojo del anticuario distinguiría aún las masas principales de la mano sosteniendo la espada. En la parte inferior de esta bonita tribuna existe aún una pequeña jaula ocupada por un perro guardián. Las barandillas de la escalinata, que son de piedra, están desunidas y brotan en sus juntas hierbas, florecitas y musgo, así como en los peldaños que han sido desunidos por los siglos, si bien sin perder su solidez. La puerta debió ser también de un bonito estilo. A juzgar por los restos de los dibujos que quedan, fué trabajada por un artista educado en la gran escuela veneciana del siglo XIII. Se ve en ella no sé qué mezcla del estilo bizantino y morisco, y está coronada por un relieve circular cargado hoy de vegetaciones y que forma un arco rosáceo, amarillo, moreno ó azul, según las estaciones. La puerta de roble llena de clavos, da entrada á una

vasta sala, en cuyo extremo existe otra puerta, con una escalinata semejante, que descende al jardín. El estado de conservación de esta sala es maravilloso: sus maderas, que llegan hasta la altura de un metro, son de castaño. Un magnífico cuero español, lleno de figuras en relieve, pero cuyos dorados están picados y enrojecidos, cubre las paredes. El techo se compone de maderas artísticamente unidas, pintadas y doradas, si bien el oro apenas se ve en ellas, y se encuentra en el mismo estado que el cuero de Córdoba. Sin embargo, pueden aún verse algunas flores rojas y algunas hojas verdes, y es de creer que una limpieza haría reaparecer pinturas semejantes á los que decoran las maderas de la casa de Tristán en Tours, probando así que han sido rehechas ó restauradas bajo el reinado de Luis XI. La chimenea, de piedra esculpida, es enorme y está provista de gigantescos morrillos de hierro forjado, admirablemente trabajados y capaces de soportar todo el tronco de un árbol. Los muebles de esta sala son de roble y llevan sobre los respaldos el escudo de la familia. Hay allí, además, pendientes de clavos, tres escopetas inglesas, que sirven lo mismo para la caza que para la guerra, tres sables, dos morrales, y, en una palabra, todos los utensilios del pescador y del cazador.

Al lado de esta sala se encuentra un comedor que se comunica con la cocina por una puerta practicada en una torrecilla de ángulo. Esta torrecilla se corresponde con otra que existe en el otro ángulo de la fachada que da al patio, en la cual se encuentra una escalera de caracol que conduce á los dos pisos superiores. El comedor está cubierto de tapices que se remontan al siglo XIV, y el estilo y la ortografía de las inscripciones escritas en las banderolas bajo cada personaje dan fe de ello; pero como están en el sencillo lenguaje del romance, es imposible transcribirlas hoy. Esos tapices, perfectamente conservados en los lugares en que la luz ha penetrado poco, están provistos de magníficos marcos de roble labrado que se ha vuelto negro como el ébano. El techo ostenta salientes vigas labradas todas con diferentes dibujos, y los entredoses están cubiertos de tabla pintada donde se ve una guirnalda de flores de oro sobre fondo azul. Dos cofres antiguos de comedor se ven el uno enfrente del otro, y en sus compartimientos, fregados con una obstinación bretona por Marieta, la cocinera, se divisan, como en los tiempos en que los reyes eran tan pobres en 1200

como los Guaisnic en 1830, cuatro viejos cubiletes, una soperera vieja y dos saleros de plata, y después muchos platos de estaño y muchas cacerolas de porcelana azul y gris, con dibujos arabescos, las armas de los Guaisnic y cubiertas con tapaderas de estaño. La chimenea ha sido modernizada, y su estado prueba que esta familia hace la vida en esta pieza desde el siglo pasado. Dicha chimenea es de piedra esculpida al estilo de Luis XV, y sobre ella se ve un gran espejo con marco formado de varillas doradas y de color perla. Esta antítesis, indiferente á la familia, apenaría á un poeta. En el centro del anaquel de la chimenea, cubierto de terciopelo rojo, hay un reloj de concha incrustada en cobre, y á ambos lados de éste dos candelabros de plata de extraña forma. Una espaciosa mesa cuadrada ocupa el centro de esta habitación, cuyas sillas tapizadas son de madera torneada. Sobre un velador colocado delante de la ventana que da al jardín se ve un extraño quinqué. Este quinqué consiste en un globo de vidrio común, un poco más pequeño que un huevo de avestruz, adosado á un candelero y por cuyo agujero superior sale una mecha plana mantenida por una especie de estrangul de cobre, la cual mecha, yendo á doblarse como una tenia en el interior del globo, absorbe el aceite de nuez que éste contiene. Lo mismo el balcón que da al jardín que el que da al patio, los cuales se comunican, son de piedra, y sus puertas están formadas por vidrios exagonales engastados en plomo y cubiertos con cortinas con dosel, cortinas formadas con seda roja antigua de reflejos amarillos, llamada antaño brocatel.

En cada piso de la casa, que sólo tiene dos, no se ven más que estas dos piezas. El primero sirve de habitación al jefe de la familia, y el segundo estaba destinado en otro tiempo á los niños. Los huéspedes se albergaban en el piso superior, y los criados habitaban el entresuelo. El tejado, formando ángulo diedro, y guarnecido de plomo en las esquinas, está abierto hacia la parte del patio y del jardín, formando una magnífica azotea ojival que se eleva casi hasta la cima de la casa y cuyas esculturas están un tanto comidas por los vapores salinos de la atmósfera. Encima del tímpano de esta azotea, formada por cuatro cruceros de piedra berroqueña, se ve también la veleta del noble.

No hemos de olvidar un detalle precioso y lleno de sencillez que no deja de tener mérito para los arqueólogos. La

torrecilla por donde sube la escalera adorna el vértice de una gran pared angular en su cima y en la cual no existe ventana alguna. La escalera descende por una puertecita ojival, hasta un terreno enarenado, que separa la casa del muro á que están adosadas las cuabras. Esta torrecilla está repetida en la parte del jardín por otra pentagonal rematada en medio punto y que soporta un campanario, en lugar de rematar, como su hermana, en forma de garita. He aquí cómo sabían variar su simetría aquellos graciosos arquitectos. A la altura del primer piso únicamente, estas dos torrecillas están unidas por una galería de piedra que es sostenida por dos proas con rostro humano. Esta galería exterior está adornada de una balaustrada trabajada con una elegancia y con una finura maravillosa. Además, del vértice del ángulo que forma la pared en su cima, bajo el cual sólo existe un travesaño oblongo, baja un adorno de piedra representando un dosel semejante á los que coronan las estatuas de los santos en los pórticos de las iglesias. Las dos torrecillas están perforadas por una bonita puerta de arco agudo que da á esta terraza. Tal es el partido que el arquitecto del siglo XIII sacaba de la pared desnuda y fría que presenta hoy la parte lateral de una casa. ¿No veis á una mujer paseándose por la mañana por esta galería y contemplando por encima de Gueranda el sol que ilumina las arenas y que hace brillar la superficie del Océano? ¿No admiráis esta pared terminada en punta y adornada en sus dos vértices de dos torrecillas casi acanaladas, una de las cuales termina en bóveda redonda como el nido de una golondrina, ofreciendo la otra la hermosa vista de su puertecita de bóveda gótica adornada con una mano que sostiene una espada? La otra pared angular del palacio de Guaisnic está adosada á la casa vecina. La armonía que tan cuidadosamente buscaban los maestros de aquel tiempo está conservada en la fachada del patio, gracias á una torrecilla semejante á aquella por donde asciende la escalera y que sirve de comunicación entre el comedor y la cocina; pero dicha torrecilla se detiene en el primer piso y su remate consiste en una pequeña bóveda, bajo la cual se eleva una estatua de san Calixto.

El huerto es suntuoso para estar comprendido en tan viejo recinto. Posee una extensión de una media fanega, sus muros están provistos de espaldares y está dividido en cuadros de legumbres que cultiva un criado llamado Gasselin, el

cual cuida también de los caballos. Al extremo de esta huerta existe un cenador, bajo el cual hay un banco. En el centro se eleva un cuadrante solar. Los paseos están enarenados. La fachada que da al jardín no posee torrecilla que armonice con la que se ve en la fachada que termina en punta; pero este defecto está subsanado mediante una columnita en espiral que va de arriba abajo y que debió soportar en otro tiempo la bandera de la familia, pues termina en una especie de grueso tejuelo de hierro oxidado, probando este detalle, que está en armonía con los vestigios de su escultura, que el edificio fué construido por un arquitecto veneciano. Aquella asta elegante es una especie de firma que descubre Venecia, la caballería y la finura del siglo XIII. Si quedasen dudas acerca de este punto, la naturaleza de los adornos las disiparía. Los tréboles del palacio de Guaisnic tienen cuatro hojas en lugar de tres. Esta diferencia indica la escuela veneciana adulterada por sus tratos con el Oriente, donde los arquitectos medio moriscos y poco celosos del gran pensamiento católico, atribuían cuatro hojas al trébol, mientras que los arquitectos cristianos permanecían fieles á la Trinidad. Desde este punto de vista, la fantasía veneciana fué herética. Si este edificio sorprende vuestra imaginación, sin duda preguntaréis por qué no se renuevan en nuestra época estos milagros del arte. Hoy, los palacios más hermosos se venden, son derribados y tienen que hacer plaza á las calles. Nadie sabe si su generación conservará el hogar patrimonial, por el cual pasan todos como por una posada; mientras que antaño, cuando se construía una casa, se trabajaba, ó al menos se creía trabajar, para una familia eterna. De ahí la belleza de los palacios. La fe en sí hacia tantos prodigios como la fe en Dios. Respecto á la disposición y al mobiliario de los pisos superiores, sólo pueden presumirse por la descripción de este piso bajo y por el carácter y las costumbres de la familia; pues de cincuenta años á esta parte, los Guaisnic no han recibido á nadie más que en las dos habitaciones que respiraban el espíritu, la gracia y la sencillez de la rancia y noble Bretaña. Sin la topografía y la descripción de la ciudad, y sin la pintura minuciosa de este palacio, acaso no hubieran sido comprendidas las sorprendentes figuras de esta familia. Asimismo, entiendo yo que los marcos debían ser descritos antes que los retratos. Todo el mundo pensará indudable-

mente que las cosas han dominado á los seres y que existen monumentos, cuya influencia sobre las personas que viven á su alrededor es visible. A la sombra de una catedral como la de Bourges es muy difícil dejar de ser religioso; pues cuando al alma se le recuerda continuamente su destino mediante imágenes, es menos fácil que lo olvide. Tal era la opinión de nuestros antepasados, opinión que ha sido abandonada por una generación que no tiene signos ni distinciones y cuyas costumbres cambian cada diez años. So pena de ser cuanto acabo de escribir una mentira, ¿no os esperaréis encontrar al barón de Guaisnic con una espada en la mano?

En 1836, durante los primeros días del mes de agosto, época en que comienza esta historia, la familia Guenic se componía aún del señor y de la señora de Guenic, de la señorita del mismo nombre, hermana mayor del barón, y de un hijo único de veintiún años de edad, llamado Godoberto Calixto Luis, según antigua costumbre de familia. El padre se llamaba Godoberto Calixto Carlos. Sólo variaban, pues, el último nombre, ya que san Godoberto y san Calixto debían ser siempre protectores de los Guenic. El barón de Guenic había abandonado Gueranda tan pronto como la Venda y Bretaña se insurreccionaron, y había hecho la guerra con Charette, Catelineau, La Rochejaquelein, Elbée, Bonchamps y el príncipe de Loudón. Llevado de un rasgo de prudencia, único en los anales revolucionarios, el barón, antes de partir, había vendido todos sus bienes á su hermana mayor, la señorita de Guenic. Después de la muerte de todos los héroes del Oeste, el barón, que sólo por milagro se libró de acabar como sus compañeros, no quiso someterse á Napoleón, y peleó hasta el año 1802, en el cual, después de haber estado á punto de dejarse coger, volvió á Gueranda y de Gueranda al Croisic, desde donde se trasladó á Irlanda, fiel siempre al antiguo odio que los bretones sienten por Inglaterra. La gente de Gueranda fingió que ignoraba la existencia del barón, y en veinte años no hubo quien cometiese la más mínima indiscreción. La señorita de Guenic percibía las rentas y se las enviaba á su hermano por medio de pescadores. El señor de Guenic volvió á Gueranda en 1813 con la misma sencillez que si hubiera vuelto de pasar una temporada en Nantes. Durante su permanencia en Dublín, el anciano bretón, á pesar de sus cincuenta años, se había enamorado de una encantadora irlandesa, hija de una de las

casas más nobles y más pobres de este desgraciado reino. Miss Fanny O'Brien tenía á la sazón veintiún años. El barón de Guenic se puso en viaje para buscar los papeles necesarios para su casamiento, fué á casarse, y volvió diez meses después, á principios de 1814, con su mujer, que le dió á Calixto el día mismo de la entrada de Luis XVIII en Calais, circunstancia ésta que explica su nombre de Luis. El anciano y leal bretón contaba en este momento setenta y tres años; pero la guerra de partidario hecha á la república, sus sufrimientos durante los cinco años pasados en continuas revueltas y su vida en Dublín le habían envejecido mucho y parecía que tenía un siglo. Así es que en ninguna época hubo ningún Guenic que estuviese más en armonía que él con la vetustez de aquel edificio, construído en la época en que había una corte en Gueranda.

El señor de Guenic era un anciano de elevada estatura, derecho, seco y delgado. Su rostro oval estaba arrugado por millares de pliegues que formaban arqueadas franjas encima de los pómulos y de las cejas, y que daban á su cara cierta semejanza con la de los ancianos que tanto acariciaron los pinceles de Van Ostade, de Rembrandt, de Mieris y de Gerardo Dow, obras de arte que exigen un lente para ser admiradas. Su fisonomía parecía estar sumida bajo sus numerosos surcos, originados por el género de vida que había hecho al aire libre y por su costumbre de observar el campo al sol lo mismo al amanecer que al obscurecer. Esto no obstante, para el observador quedaban aún de este rostro las formas impercederas del rostro humano, que dicen algo al alma cuando los ojos no ven en él más que una cabeza muerta. Los firmes contornos del perfil, el dibujo de la frente, la serriedad de las líneas, la rigidez de la nariz, el aspecto de su contextura, que sólo las heridas podían alterar, anunciaban en aquel hombre una intrepidez incalculable, una fe sin límites, una obediencia ciega, una fidelidad incondicional y un amor constante. El granito bretón parecía haberse hecho hombre en aquel noble. El barón no tenía dientes, y sus labios, rojos en otro tiempo, pero violáceos á la sazón, no estaban sostenidos más que por sus duras encías, con las cuales comía el pan que su mujer tenía el cuidado de ablandar envolviéndolo con tiempo en una servilleta húmeda, y penetraban en su boca dibujando todavía un gesto arrogante y amenazador. La barba quería unirse con la nariz;